

Gustave Flaubert

Madame Bovary

Traducción de Consuelo Berges

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Madame Bovary* (1857)

Primera edición: 1974

Décima edición: 2025

Ilustración y cubierta: Alicia Caboblanco / www.aliciacaboblanco.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-885-3

Depósito legal: M. 24.557-2024

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Primera parte

Capítulo primero

Estábamos en el estudio cuando entró el director, y tras él un *nuevo*, vestido éste de paisano, y un celador cargado con un gran pupitre. Los que estaban dormidos se despertaron y se fueron levantando como si les hubieran sorprendido en su trabajo.

El director nos hizo señas de que nos sentáramos; después, dirigiéndose al maestro de estudios, le dijo a media voz:

—Monsieur Roger, le recomiendo a este alumno. Entra en quinto. Si saca buena nota en aplicación y en conducta, pasará *a los mayores*, como corresponde a su edad.

El *nuevo*, rezagado en el rincón detrás de la puerta, de tal modo que apenas se le veía, era un muchachote campesino, de unos quince años, más alto que cualquiera de nosotros. Tenía el pelo cortado en flequillo, como un cantante de pueblo, una pinta de muchacho modoso y muy azorado. Aunque no era ancho de hombros, debía de sentirse incómodo en su chaqueta, de paño verde con botones negros; por la abertura de las bocamangas se le veían unas muñecas rojas acostumbradas a ir al descubierto. Las piernas, embutidas en unas medias azules, salían de un pantalón amarillento muy estirado por los tirantes. Calzaba unos zapatones de clavos, mal embetunados.

Comenzó el sonsonete de las lecciones. El muchacho las escuchaba con los oídos muy abiertos, atento como en el sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas

ni a apoyarse en el codo, y a las dos, al sonar la campana, el maestro de estudio tuvo que llamarle la atención para que se pusiera con nosotros en la fila.

Teníamos la costumbre de tirar las gorras al suelo al entrar en clase, para quedarnos con las manos más libres; había que arrojarlas desde el umbral de modo que cayeran debajo del banco y pegaran contra la pared levantando mucho polvo. Era el *estilo*.

Pero ya se había acabado el rezo, y el *nuevo*, bien porque no se fijara en la maniobra o bien porque no quisiera someterse a ella, seguía con la gorra sobre las rodillas. Era uno de esos cubrecabezas de orden compuesto, en el que se encuentran los elementos de la gorra de granadero, del *chapska*, del sombrero redondo, de la gorra de nutria y del gorro de algodón: en fin, una de esas pobres cosas cuya muda fealdad tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoide y emballenada, empezaba por tres morcillas circulares; después alternaban unos rombos de terciopelo con otros de piel de conejo, separados por una banda roja; a continuación, una especie de saco que terminaba en un polígono encartonado, guarnecido con un adorno de pasamanería, del que pendía, en el extremo de un largo cordón demasiado delgado, una especie de bellota de hilos de oro, entrecruzados. Era una gorra nueva; la visera relucía.

–Levántese –le dijo el profesor.

Se levantó: la gorra cayó al suelo. Toda la clase rompió a reír.

El muchachote se inclinó a recogerla. Un escolar que estaba a su lado volvió a tirársela de un codazo; el muchacho tornó a levantarla.

–¡Vamos, suelte la gorra! –dijo el profesor, que era hombre zumbón.

Las carcajadas de los escolares desconcertaron al pobre muchacho: no sabía si había que tener la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y la posó sobre las rodillas.

–Levántese –le ordenó el profesor– y dígame cómo se llama.

El *nuevo* tartajeó un nombre ininteligible.

–Repita.

Se oyó el mismo tartamudeo de sílabas, apagado por el abucheo de la clase.

–¡Más alto! –gritó el maestro–, ¡más alto!

Entonces, el *nuevo*, tomando una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y, a pleno pulmón, como quien llama a alguien, soltó esta palabra: *Charbovari*¹.

El estrépito surgió repentino y, de golpe, subió *in crescendo*, con algunos gritos sueltos (alaridos, aullidos, pataleos, coreando: ¡*Charbovari!* ¡*Charbovari!*); luego, el estruendo fue declinando en notas aisladas, calmándose a duras penas y resurgiendo a veces de pronto en la línea de un banco o estallando acá o allá, como un petardo no del todo extinto, una risa ahogada.

Bajo una lluvia de castigos, se fue restableciendo el orden en la clase, y el profesor, una vez enterado del nombre de Charles Bovary mandando a su titular que lo dictara, lo deletreara y lo relejera, ordenó al pobre diablo que fuera a sentarse al banco de los desaplicados al pie de la tarima profesoral. El muchacho se puso en movimiento, pero, antes de echar a andar, vaciló.

–¿Qué busca? –preguntó el profesor.

–Mi go... –musitó tímidamente el *nuevo*, paseando en torno suyo una mirada inquieta.

1. Es fácil entender que el colegial novato masculla aquí, fundiéndolos, su nombre y su apellido: Charles Bovary. (*N. de la T.*)

—¡Quinientos versos a toda la clase! —exclamado con voz furiosa, cortó el paso, como el *Quos ego*, a una nueva borrasca—. ¡A ver si se están tranquilos! —repetía indignado el profesor, enjugándose la frente con el pañuelo, que acababa de sacar del gorro—. Y usted, el *nuevo*, me va a copiar veinte veces el verbo *ridiculus sum*.

Después, con voz más suave:

—¡Ya encontrará la gorra, no se la han robado!

Volvió la calma, se inclinaron las cabezas en las carpetas, y el *nuevo* permaneció dos horas con una composición ejemplar, por más que, de vez en cuando, venía a estrellarse en su cara alguna bola de papel catapultada con una plumilla. Pero el *nuevo* se limpiaba con la mano y seguía quieto, con los ojos bajos.

Por la noche, a la hora del estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas y, con mucho cuidado, tiró las rayas en el papel. Le vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose muchísimo. Gracias, sin duda, a esta buena voluntad que demostró, no descendió a la clase inferior, pues, si sabía pasablemente las reglas, carecía de elegancia en los giros. Había empezado el latín con el cura del pueblo, pues sus padres, por economía, tardaron lo más posible en mandarle al colegio.

El padre, monsieur Charles-Denis-Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de capitán médico, comprometido, en 1812, en asuntos de reclutamiento, y obligado por aquella época a dejar el servicio, aprovechó sus prendas personales para cazar al paso una dote de sesenta mil francos que se ofrecía en la hija de un tendero, enamorada de su tipo. Buen mozo, fanfarrón, mucho ruido de espuelas, patillas unidas al bigote, los dedos cubiertos de sortijas y vestido con llamativos colores, tenía traza de valentón y vivacidad desenvuelta de viajante de

comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, comiendo bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no volviendo a casa por la noche hasta después del teatro y frecuentando los cafés. Murió el suegro y dejó poca cosa. El yerno se indignó, se metió a fabricante, perdió algún dinero y se retiró al campo, donde se propuso explotar la tierra. Pero como entendía de agricultura tan poco como de percales y montaba los caballos en vez de dedicarlos a las faenas de la labranza, y bebía la sidra en botellas en lugar de venderla en barriles, y se comía las mejores aves del corral, y engrasaba sus botas de caza con el tocino de sus cerdos, no tardó en concluir que era mejor renunciar a toda especulación.

Mediante doscientos francos anuales de alquiler encontró en un pueblo, allá por los confines de Caux y de Picardía, una especie de alojamiento, mitad casa de labranza, mitad vivienda; y, mohíno, reconcomido de añoranzas, acusando al cielo, envidiando a todo el mundo, se encerró, a los cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer había estado loca por él; le amó con mil servilismos que le apartaron de ella más aún. Ella, tan jovial antes, tan expansiva y tan enamorada, se volvió al envejecer (como un vino que, destapado, se avinagra) de carácter difícil, quejona, nerviosa. ¡Había sufrido tanto al principio, sin quejarse, cuando le veía correr detrás de todas las zorronas del lugar y volver por la noche de veinte tugurios, hastiado y apestando a borrachera! Después se le encalabrino el orgullo y se calló, tragándose la rabia con un estoicismo mudo, que conservó hasta la muerte. Se pasaba todo el tiempo en trámites, en negocios, visitando a procuradores, al presidente de la audiencia, recordando el vencimiento de los

pagarés, pidiendo moratorias; y en casa planchaba, cosía, lavaba, vigilaba a los jornaleros, pagaba las cuentas mientras el señor, sin preocuparse de nada, seguía alestargado en una somnolencia hosca de la que sólo se despertaba para decirle cosas desagradables, se quedaba fumando junto a la lumbre, escupiendo en la ceniza.

Cuando tuvo un hijo, hubo que encomendarlo a una nodriza. Después, ya en la casa, mimaron al crío como a un príncipe. La madre le alimentaba con golosinas; el padre le dejaba corretear descalzo, y, dándoselas de filósofo, llegaba a decir que podría muy bien ir desnudo del todo, como las crías de los animales. En oposición a las tendencias maternas, él tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia y pretendía aplicarlo a la crianza de su hijo educándole con dureza, a la espartana, para que se hiciera fuerte. Le mandaba a la cama sin fuego, le enseñaba a echarse al colete buenos tragos de ron y a insultar a las procesiones. Pero el pequeño, pacífico por naturaleza, respondía mal a sus propósitos. La madre le tenía siempre pegado a sus faldas. Le recortaba cartones, le contaba cuentos, le hablaba en monólogos sin fin, llenos de risas melancólicas y de parloteos melosos. En la soledad de su vida, puso en aquel niño todas sus vanidades confusas, fracasadas. Soñaba con posiciones encumbradas, le veía ya hombre, guapo, inteligente, ingeniero de caminos o magistrado. Le enseñó a leer y a cantar, acompañándole al piano –un viejo piano que tenía–, dos o tres romancitas sencillas. Mas, a todo esto, monsieur Bovary, que daba poca importancia a las letras, decía que *no valía la pena*. ¿Acaso iban a tener nunca con qué mandarle a las escuelas del gobierno, comprarle un cargo o un negocio? Además, lo que hace falta para triunfar en el mundo *es tener tupé*. Madame Bovary se mordía los labios y el crío vagabundeaba por el pueblo.

Se iba con los jornaleros a las faenas de la labranza y espantaba a terronazos a los cuervos, que levantaban el vuelo. Se atracaba de moras a lo largo de las cunetas, guardaba pavos armado de una vara, amontonaba el heno en la siega, corría por los bosques, jugaba a la rayuela en el pórtico de la iglesia cuando llovía y, en la fiesta mayor, suplicaba al sacristán que le dejara tocar las campanas, para colgarse de la gran maroma y columpiarse con ella en su vaivén.

Así creció el muchacho como un roble, coloradote y fuerte de manos.

Cuando cumplió los doce años, su madre consiguió que le pusieran a estudiar. Se lo encomendaron al cura. Pero las lecciones eran tan cortas y el muchacho las seguía tan mal que no podían servir de mucho. Las daban a ratos perdidos, en la sacristía, de pie, a toda prisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba a buscar a su discípulo después del ángelus, cuando no tenía que salir. Subían a la casa, se acomodaban; en torno a la candela revoloteaban moscardones y mariposas. Hacía calor, el chico se dormía, y al bueno del cura, las manos sobre la barriga, le acometía el sopor y no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando el señor cura, volviendo de llevar el viático a algún enfermo de las cercanías, divisaba a Charles en sus correrías por los campos, le llamaba, le sermoneaba un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar al pie de un árbol el verbo que tocaba aquel día. Hasta que los interrumpía la lluvia o algún conocido que pasaba. De todos modos, el cura estaba siempre contento del muchacho y hasta decía que tenía mucha memoria.

Charles no podía quedarse en esto. La madre fue enérgica. El padre, avergonzado o más bien cansado, cedió sin resistencia y esperaron un año más, hasta que el muchacho hiciera la primera comunión.

Pasaron otros seis meses, y al año siguiente mandaron por fin a Charles al colegio de Ruán, adonde le llevó el propio padre, a finales de octubre, por la feria de San Román.

Hoy, ninguno de nosotros podría recordar nada de él. Era un muchacho de temperamento pacífico, que jugaba en los recreos, trabajaba en el estudio, escuchaba en la clase, dormía bien en el dormitorio general, comía bien en el refectorio. Se cuidaba de él un quincallero mayorista de la rue de la Ganterie, que le sacaba una vez al mes; el domingo, después de cerrar la tienda, le mandaba al puerto a ver los barcos y después le volvía al colegio a eso de las siete, antes de la cena. Los jueves por la noche, el muchacho escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y cerrada con tres obleas; hecho lo cual se ponía a repasar los cuadernos de historia o a leer un viejo libro de *Anacarsis* que andaba rodando por la sala de estudio. Durante los paseos, charlaba con el criado que, como él, era de pueblo.

A fuerza de aplicación, se mantuvo siempre entre los medianos de la clase; una vez llegó a ganar un primer accésit en historia natural. Pero cuando acabó tercero, sus padres le sacaron del colegio para que estudiara medicina, convencidos de que podría arreglárselas él solo para terminar el bachillerato¹.

Su madre le eligió en un cuarto piso una habitación que daba al Eau-de-Robec, en casa de un tintorero conocido suyo. Cerró el trato para la pensión, se agenció unos muebles, una mesa y dos sillas, mandó a buscar a

1. Recuérdese que el grado francés de *baccalauréat* no equivale exactamente al bachillerato español, ni a ningún otro de nuestra escala académica. Viene a ser un intermedio entre el bachillerato y la licenciatura. (*N. de la T.*)

casa una cama antigua de cerezo silvestre y compró una estufilla de hierro, junto con la provisión de leña necesaria para calentar a su pobre hijo. Y al cabo de una semana se marchó, previas mil recomendaciones de que se portara bien, ahora que iba a quedar abandonado a sí mismo.

El programa de las asignaturas que leyó en el tablero le hizo el efecto de un mazazo: anatomía, patología, fisiología, farmacia, química y botánica, aparte la clínica y la terapéutica y sin contar la higiene ni las materias médicas, nombres todos cuya etimología ignoraba y que eran como otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No entendió nada; por más que escuchara, no le entraba. Y eso que trabajaba a conciencia, forraba los cuadernos, asistía a todas las clases, no perdía una sola visita. Cumplía su pequeña tarea cotidiana como un caballo de noria que da vueltas en el mismo sitio con los ojos vendados, ignorando la faena que está desempeñando.

Para ahorrarle gasto, la madre le mandaba cada semana un buen trozo de ternera asada, y con esto comía al volver por la mañana del hospital, a la vez que pegaba patadas a la pared para calentarse los pies. En seguida tenía que salir corriendo a las lecciones, al anfiteatro anatómico, al hospital, y volver a casa a través de todas las calles. Por la noche, después de la frugal cena del patrón, subía a su cuarto, y otra vez al trabajo, con la ropa mojada humeando sobre su cuerpo junto a la estufa al rojo.

En las plácidas noches estivales, a la hora en que nadie camina por las templadas calles y las criadas juegan al volante en el umbral de las puertas, abría la ventana y se asomaba apoyado en los codos. Abajo corría, amarillo,

violeta o azul, entre sus puentes y barandas, el río que hace de ese barrio de Ruán como una innoble pequeña Venecia. Unos obreros acurrucados en la orilla se lavaban los brazos en el agua. Grandes madejas de algodón se secaban al aire colgadas de unos palos que emergían de los desvanes. Enfrente, más allá de los tejados, el cielo abierto y puro, con el sol rojo del ocaso. ¡Qué bien se debía de estar allí! ¡Qué fresco bajo el robledal! Y el muchacho abría las ventanas de la nariz para aspirar los buenos olores del campo, que no llegaban hasta él.

Adelgazó, creció y su semblante adquirió una especie de expresión doliente que le hacía casi interesante.

Naturalmente, por dejadez, fue abandonando todas las resoluciones que había tomado. Una vez faltó a la visita, al día siguiente a clase, y, saboreando la pereza, poco a poco acabó por no volver.

Se acostumbró a la taberna, con la pasión del dominó. Encerrarse cada tarde en un sucio lugar público para plantar en unas mesas de mármol unos huesecillos de cordero marcados con puntos negros le parecía un acto precioso de su libertad que le elevaba en su propia estimación. Era como la iniciación en el mundo, el acceso a unos placeres prohibidos; y, al entrar, ponía la mano en el picaporte con un goce casi sensual. Y muchas cosas antes comprimidas en él se dilataron; aprendió de memoria coplas y se las cantaba a los amigos que llegaban, se entusiasmó con Béranger, aprendió a hacer ponche y por último conoció el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó rotundamente en los exámenes de «oficial de sanidad»¹.

1. El *Petit Larousse* define así ese título (*officier de santé*): «Médico autorizado a ejercer sin tener el grado de doctor». (Esta facultad fue suprimida a partir de 1892.) (*N. de la T.*)

¡Aquella misma noche le esperaban en casa para celebrar el triunfo!

Llegó a pie, se detuvo a la entrada del pueblo, mandó recado a su madre y le contó todo. La madre le disculpó, atribuyendo el fracaso a la injusticia de los examinadores, y le tranquilizó un poco, encargándose de arreglar las cosas.

Monsieur Bovary no se enteró de la verdad hasta pasados cinco años; como era ya una verdad vieja, la aceptó; por otra parte, no podía suponer que un hombre salido de él fuera un tonto.

Charles tornó, pues, al trabajo y preparó sin interrupción las asignaturas, aprendiendo de memoria todas las preguntas. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué hermoso día para su madre! Dieron una gran comida.

¿Adónde iría a ejercer su arte? A Tostes. En Tostes no había más que un médico viejo. Madame Bovary llevaba mucho tiempo acechando su muerte, y apenas se las había liado el bueno del hombre cuando ya estaba Charles instalado enfrente como sucesor suyo.

Pero no bastaba con haber criado al hijo, haberle hecho estudiar medicina y haber descubierto Tostes para que la ejerciera: necesitaba una mujer. Y le encontró una: la viuda de un escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, seca como un escajo seco y con más botones¹ en la cara que una primavera, la verdad es que a madame Dubuc no le faltaban partidos donde escoger. Madame Bovary tuvo que eliminarlos todos para lograr sus fines, y hasta desbarató hábilmente las intrigas de un chacinero al que apoyaban los curas.

1. La traducción correcta de *boutons* sería, en este caso, *granos*, pero quedaría anulada la comparación con los *botones*, con los brotes de la primavera. (N. de la T.)

Charles había entrevisto en el matrimonio el advenimiento de una situación mejor, imaginando que estaría más libre y podría disponer de su persona y de su dinero. Pero su mujer asumió el mando; delante de gente, el hombre tenía que decir esto y no lo otro, guardar vigilia los viernes, vestirse como a ella le parecía, apremiar siguiendo sus órdenes a los clientes morosos. Le abría las cartas, le seguía los pasos y, cuando en la consulta había mujeres, escuchaba a través del tabique.

Había que servirle el chocolate todas las mañanas, colmarla de cuidados sin fin. Se quejaba constantemente de los nervios, del pecho, de los humores. El ruido de pasos le hacía daño; se iban y no podía soportar la soledad, tornaban a su lado y era seguramente para verla morir. Por la noche, cuando volvía Charles, la mujer sacaba de debajo de las sábanas sus largos y flacos brazos, le rodeaba con ellos el cuello, le hacía sentarse en el borde de la cama y se ponía a hablarle de sus penas: ¡la estaba olvidando, amaba a otra! Bien le habían dicho que iba a ser desgraciada; y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

Capítulo 2

Una noche, a eso de las once, los despertó el ruido de un caballo que paró justamente a la puerta. La criada abrió la claraboya de la buhardilla y parlamentó un rato con un hombre que estaba abajo, en la calle. Venía a buscar al médico; traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando y fue a abrir la cerradura y los cerrojos, uno tras otro. El hombre dejó el caballo y, siguiendo a la criada, entró bruscamente tras ella. Sacó de su gorro de lana con borlas grises una carta envuelta en un trapo y se la presentó delicadamente a Charles, que se apoyó de codos en la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, alumbraba con la vela. La señora se mantenía, pudorosa, de cara a la pared y dando la espalda.

La carta, cerrada con un pequeño sello de lacre azul, suplicaba a monsieur Bovary que fuera inmediatamente a la alquería de Les Bertaux a arreglar una pierna rota. El caso es que, de Tostes a Les Bertaux, había seis leguas largas de camino, pasando por Longueville y Saint-Victor. La noche era oscura. Madame Bovary segunda temía que su marido sufriera algún accidente. Así que decidieron que fuera delante el mozo de mulas. Charles se pondría en camino tres horas después, cuando saliera la luna. Mandarían un chicuelo a su encuentro para enseñarle el camino de la finca y abrir las portillas.

A eso de las cuatro de la madrugada, Charles se puso en camino para Les Bertaux, bien abrigado en su gabán.

Adormecido aún por el calor del sueño, se dejaba mecer al trote pacífico de su montura. Cuando ésta se detenía por propia decisión ante esos badenes rodeados de espiño que se abren al borde de los surcos, Charles se despertaba sobresaltado, recordaba de pronto la pierna rota y procuraba acordarse de todas las fracturas que sabía. Había parado de llover, comenzaba a apuntar el día y en las ramas de los manzanos sin hojas se divisaban unos pájaros, quietos, erizadas sus pequeñas plumas al viento frío del amanecer. El campo, llano, se perdía en el horizonte, y, a intervalos espaciados, los bosquecillos que rodeaban las alquerías ponían manchas de un violeta muy oscuro en la gran superficie gris que se fundía en el horizonte con el tono tristón del cielo. De vez en cuando, Charles abría los ojos; pero como se le cansaba la mente y le volvía el sueño, en seguida caía en una especie de adormilamiento, y como sus sensaciones recientes se confundían con recuerdos, él mismo se veía doble, a la vez estudiante y casado, acostado en su cama como poco antes, atravesando una sala de operados como antaño. En su cabeza se mezclaba el olor cálido de las cataplasmas con el verde olor del rocío; oía correr sobre la barra las anillas de hierro de las camas y oía dormir a su mujer... Al pasar por Vassonville vio junto a una cuneta un muchacho sentado en la hierba.

—¿Es usted el médico? —preguntó el zagal.

Y, ante la respuesta de Charles, cogió los zuecos con las manos y echó a correr delante de él.

En el camino, el médico comprendió por las palabras del guía que monsieur Rouault debía de ser un labrador de los más acomodados. La víspera, se había roto la pierna al volver de celebrar los Reyes en casa de un vecino. La mujer había muerto hacía dos años. No vivía con él más que su *demoiselle*, que le ayudaba a llevar la casa.

Las rodadas eran cada vez más profundas. Se iban acercando a Les Bertaux. El chicuelo, colándose por una abertura de la cerca, desapareció, volviendo al extremo de un corral para abrir la barrera. El caballo resbalaba en la hierba mojada; Charles se agachaba para pasar bajo las ramas. Los mastines ladraban, tirando de la cadena que los sujetaba a la caseta. Cuando Charles entró en Les Bertaux, el caballo se asustó y pegó un gran bote.

Era una casa de labranza de buena apariencia. Por las puertas abiertas de las cuadras se veían grandes caballos de labor comiendo tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de los edificios, un ancho estercolero; ascendía un vaho y, entre las gallinas y los pavos, picoteaban cinco o seis pavos reales, lujo de los corrales de esta región de Caux. El tinado era largo, la casa era alta, de paredes lisas como la mano. Bajo el cobertizo había dos grandes carretas y cuatro arados, con sus látigos, sus colleras, sus aparejos completos, cuyas melenas de lana azul se manchaban con el fino polvo que caía de los graneros. El corral iba ascendiendo, plantado de árboles simétricamente espaciados, y se oía cerca de la charca el alegre graznido de una manada de gansos.

Una mujer joven, con un vestido de merino azul adornado con tres volantes, salió a la puerta de la casa a recibir a monsieur Bovary y le llevó hasta la cocina, donde ardía una gran lumbre. Junto a la misma hervía el almuerzo de los jornaleros en unos pucherillos de desigual tamaño. En el interior de la campana se secaban unos vestidos húmedos. La paleta, las tenazas y el tubo del fuelle, todo ello de proporciones colosales, brillaban como acero pulido, y a lo largo de las paredes colgaba una abundante batería de cocina, donde espejeaba desigualmente la clara llama de la lumbre, unida a los primeros resplandores del sol que entraban por los cristales.

Charles subió al primero a ver al enfermo. Le encontró en la cama, sudando bajo las mantas y habiendo tirado muy lejos su gorro de algodón. Era un hombrecillo rechoncho de cincuenta años, blanca la piel, ojos azules, calva la parte delantera de la cabeza y que llevaba zarcillos. A su lado, sobre una silla, una gran botella de aguardiente, de la que se servía de vez en cuando para darse ánimos; pero, nada más ver al médico, cesó su exaltación, y, en vez de jurar como lo estaba haciendo desde hacía doce horas, se puso a gemir débilmente.

La fractura era sencilla, sin ninguna complicación. No se habría atrevido Charles a deseársela más fácil. Y, recordando las maneras de sus maestros junto a la cama de los heridos, reconfortó al paciente con toda clase de buenas palabras, esas caricias quirúrgicas que son como el aceite con que se engrasan los bisturís. Para preparar unas tablillas, fueron a buscar al cobertizo de los carros un paquete de listones. Charles eligió uno, lo cortó en trozos y lo pulimentó con un vidrio, mientras la criada rasgaba unas sábanas para hacer vendas y mademoiselle Emma trataba de coser unas almohadillas. Como tardara mucho tiempo en encontrar el costurero, su padre se impacientó; ella no le contestaba, pero se pinchaba los dedos con la aguja y se los llevaba a la boca para chuparlos.

A Charles le sorprendió la blancura de sus uñas. Eran brillantes, alargadas, más pulidas que los marfiles de Dieppe y cortadas en forma de almendra. Pero la mano no era bonita, quizá no bastante pálida y un poco enjuta en las falanges; era también demasiado larga y sin suaves inflexiones de líneas en los contornos. Lo mejor que tenía eran los ojos: aunque eran pardos, parecían negros por causa de las pestañas, y su mirada llegaba francamente a las personas, con un atrevimiento cándido.

Hecho el vendaje, el propio monsieur Rouault invitó al médico a *comer un bocado* antes de marcharse.

Charles bajó a la sala, en la planta baja. En una mesita situada al pie de una gran cama, con dosel cubierto de una tela de indiana con personajes que representaban turcos, había dos cubiertos, con vasos de plata. Se notaba un olor a lirios y a sábanas húmedas que salía de un alto armario de roble situado frente a la ventana. En los rincones, unos sacos de trigo de pie en el suelo. Era lo que no cabía en el granero próximo, al que se subía por tres escalones de piedra. Decorando la estancia, en el centro de la pared, cuya pintura verde se descascarillaba bajo el salitre, una cabeza de Minerva, dibujada a lápiz negro, en un marco dorado y que llevaba abajo, escrito en letra gótica: «A mi querido papá».

Empezaron por hablar del enfermo, después del tiempo que hacía, de los grandes fríos, de los lobos que merodeaban de noche por los campos. Mademoiselle Rouault no lo pasaba muy bien en el campo, sobre todo ahora que tenía que ocuparse casi sola de las labores de la finca. Como la sala estaba fresca, mademoiselle Rouault tiritaba comiendo, lo que descubría un poco sus carnosos labios, que, en sus momentos de silencio, tenía la costumbre de morderse.

Llevaba un cuello blanco, abierto. Cada una de las dos crenchas de su negro pelo, separadas por una fina raya al medio, que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo, parecía de una sola pieza, tan lisas eran; y, dejando apenas ver el lóbulo de la oreja, iban a unirse por detrás en un moño abundante, con un movimiento ondulado hacia las sienes, que el médico rural observó entonces por primera vez en su vida. Los pómulos eran rosados. Llevaba, como un hombre, sujetos entre dos botones del corpiño, unos quevedos de concha.